

—¿Cómo cree que fue entendido el gesto en el País Vasco?

—Mira, ciertas cosas no te producen daño después de tantos años de convivir con ellas. Las puedes entender, pero no compartir. Yo no soy independentista, aunque me considero, en parte, nacionalista: siempre he sido muy estatutario. No sé, me gustaría hablar del Gobierno vasco; en general, de la gente inteligente de este país, de las cosas que funcionan aquí y que estoy redescubriendo durante estos días.

—¿Por ejemplo?

—Pues las obras públicas, las carreteras, el Puerto... En medio de ese contexto, apareces en un acto como aquella manifestación y te expones a que toda la tensión, la amargura y la violencia encubierta apunten hacia un lado.

«Ahora puedo encarnar personajes con mucha historia detrás»

«No soy independentista, pero me considero, en parte, nacionalista»

—Pero usted hace muchos años que dejó de vivir en el País Vasco.
—Nunca he dicho lo contrario. Ni pretendo vivir aquí; es más, cada vez me estoy yendo más hacia el sur. Pero soy vasco. Y, en aquella ocasión, hablé desde la Puerta del Sol para proclamar que me causa asco y desprecio la gente que mata. Aunque hubiera pancartas a favor de la pena de muerte a manos de intransigentes. Fue uno de los momentos más importantes de mi vida.

Armas políticas

—¿Qué es lo que más le duele de Euskadi?

—La convivencia cotidiana con un estado de sinrazón. Me deja perplejo esa política de chivo expiatorio, que consiste en hacerse el mártir cuando los que mueren son los otros.

—¿Vislumbra alguna salida a la actual situación?

—Compruebo que es un conflicto cada vez más complejo y profundo. Y, después, está el pueblo español, que tiene una tendencia a no considerarse variado, a sentirse anticatalán, anti-vasco... Es como el continuo machaque de noticias sobre el País Vasco desde Madrid, que, aun siendo exactas, me hacen ver, con dolor, que existe un desconocimiento del problema.

—¿En qué sentido?

—Pues me extraña que jamás se enfoque la cuestión desde el desarrollo de la autonomía y del Gobierno vasco. No hablamos de un país como Sierra Leona. ¿Por qué no partimos de realidades como Ermua, con tan sólo un dos por ciento de paro?

—¿Cuál sería entonces el enfoque adecuado?

—Preguntarse qué sistema puede florecer de algo que determina como arma política la muerte. ¿Vamos a seguir muchos años más con el 'ya sé quién eres, voy a por ti'?

Rick Lazio Candidato republicano al Senado por Nueva York

Un conservador italoamericano con aires de liberal y una familia con proyección pública ejemplar se interpone en las aspiraciones electorales de la primera dama de Estados Unidos

La pesadilla de Hillary

Por Mercedes Gallego Ilustración: José Ramón Catalán

Se preveía como una batalla de titanes, dos celebridades disputándose un sillón del Senado con presupuestos de campaña presidencial. Pero, hace diez días, el alcalde de Nueva York, Rudy Giuliani, tiró la toalla para dedicarse, en cuerpo y alma, al cáncer de próstata que le aqueja. Otro republicano, Rick Lazio, ha saltado al ruedo. «¿Lazio? Un perfecto desconocido», reaccionaron los analistas con sorpresa.

Por primera vez, Hillary Clinton se adelantó en las encuestas con un apabullante margen de 14 puntos, aunque fuese por la desertión de su contrincante. ¿Por qué, entonces, no sonríen los demócratas? Y es que, el viernes, se supo que Lazio ha reducido la ventaja a sólo dos puntos en apenas una semana, y a falta de que su partido le consagre el mísero como candidato. «Querida, hay que tener cuidado con lo que se desea. A menudo, se convierte en realidad», le sermonaba, con cinismo, el columnista Steve Dunleavy desde las páginas del New York Post. «Te libraste de Rudy, pero Lazio será tu peor pesadilla».

No es el único que ha materializado con estas palabras los negros augurios. Con su atractiva sonrisa y sus aires de católico liberal, el congresista de 42 años es un enemigo que llega a la arena electoral dispuesto a explotar, sin compasión, los aspectos más turbios de la primera dama. A sólo seis meses de las elecciones, Rick Lazio no tiene tiempo de apostar por una campaña más honesta. «A todos aquellos que no me conozcan, les aviso que lo van a hacer». Dicho y hecho. Al día siguiente, las fotos de Lazio con la corbata floja y sus dos preciosas hijas colgadas del cuello inundaron la prensa. Era el primer golpe, un punto arriba en las encuestas.

Duros comienzos

«Hillary nos habla de valores familiares», dijo Anthony Seminerio, un demócrata renegado. «¿Por qué, entonces, no cogió a su hija y se largó de la Casa Blanca en cuanto descubrió que su marido le ponía los cuernos con toda la que se le plantaba por delante?». Es la virtud más temida del nuevo contrincante. Ya no se trata del intransigente Giuliani, con un matrimonio de conveniencia que despierta tantas filias como fobias.

Lazio es un conservador moderado que se define como «demócrata liberal» y es capaz de aglutinar a seguidores de ambos partidos. Votó por la destitución de Clinton cuando se produjo el impeachment político en el Congreso, pero es partidario del aborto y del control de armas. Y, aunque ya no sea una batalla entre los anti-Hillary y los anti-Giuliani, Lazio sigue recogiendo donaciones a manos

de quienes odian a la esposa del presidente. lico convencido, coleccionista de monedas y guitarrista por hobby, se permite el lujo de admitir pecadillos de juventud, como el de haber fumado marihuana.

En la retaguardia, su primera y única esposa, Pat, con la que se casó hace diez años, tras un noviazgo de ocho, completa la imagen de madre servicial, que tanto añoraba el moralismo americano. Enfermera retirada para dedicarse a las labores del hogar y a las reuniones de beneficencia, Pat dice preparar personalmente el desayuno de sus hijas. Las recoge del colegio, las lleva a clases de piano, a las sesiones de Girls Scout y les ayuda a hacer las tareas en casa. En los ratos libres, hornea pasteles para obras de caridad y presta sus servicios como voluntaria en un hospital que atiende a mujeres sin seguro con cáncer de mama.

Un tiburón

Las pequeñas, Molly, de ocho años, y Kelsey, de seis, delicadas infantes de cabellos dorados que parecen sacadas de un cuento de los hermanos Green, han resultado tener un gran potencial fotográfico, incluso cuando aparecen envueltas en la bandera de las barras y las estrellas. Como demostrase el presidente John F. Kennedy, la inocencia de los niños y la simpatía que despiertan en los adultos pueden ser armas invaluable cuando sirven a la imagen de un político. Eso, aunque las inocentes criaturas tengan por mascota a dos serpientes y un cangrejo.

«Me cuesta mucho pensar por dónde le vamos a atacar», confesó un demócrata a la prensa local. Lazio llegó a Washington como congresista a los 34 años, precedido por la fama de matagigantes. El carismático y ambicioso joven de Long Island le había quitado el asiento a un querido demócrata, Tom Downey, que llevaba veinte años representando a la ciudad bastión de su partido.

Quizás envalentonado por semejante victoria, se atreve ahora a enfrentarse con un Goliat más poderoso, en una batalla que él mismo daba por perdida a principios de año. «Si Giuliani espera hasta febrero (pasado) para salirse de la campaña, será virtualmente imposible que ningún otro republicano tome el relevo y gane», declaró en enero. Su desafío es ahora demostrarse a sí mismo que estaba equivocado.

Por si todo esto no altera la sangre fría de Hillary, Rick Lazio se ha agenciado un jefe de campaña que es todo un tiburón de la política. Mike Murphy, autor del fenómeno de John McCain —el oponente a la nominación republicana de George Bush a la Presidencia—, tiene algunas máximas filosóficas que dan escalofríos. «Lanza la piedra y deja que sea el otro el que se gaste un millón de dólares para desmentirlo».

de quienes odian a la esposa del presidente.

A Lazio le gusta relatar los duros comienzos de su familia. Su padre, hijo de emigrantes italianos, combatió en la Segunda Guerra Mundial para montar, luego, un taller de coches en Long Island. El joven Rick limpiaba el suelo del local mientras estudiaba para abogado. Tres generaciones de neoyorquinos le legitiman para escribir en las camisetas de campaña Made in New York. «Yo no necesito montar un Comité Exploratorio para encontrar Syracuse en el mapa del Estado, ni ponerme una gorra de los Yankees», se vanaglorió, en claro ataque a la primera dama, a la que acusa de utilizar la ciudad como un trampolín para sus ambiciones. «Hillary tiene de nueva demócrata tanto como de neoyorquina», arremetió en su primer discurso.

Pecadillos de juventud

Frente a la liberal de limusina que pide el avión presidencial cuando tiene prisa, Lazio se fotografía en el metro exhibiendo el abono, cuyo precio, por cierto, desconoce. Cató-

